gos y cargado de muchos golpes de ellos, no le mataron; y antes haciendo campo detuvieron la gente para que no llegase sin decir la causa por qué lo hacían; porque quisieron haberle vivo a las manos para preciarse (por ventura) de haber cautivado un tan valeroso y esforzado rey. A ésta sazón vieron los tetzcucanos cómo les faltaba su rey y como leones rabiosos revolvieron contra los enemigos y haciéndolos huir llegaron donde los dos estaban caídos y con su ayuda se desasió de él y volviendo a ponerse encima le quitó la vida, cortándole la cabeza. Muerto este capitán y señor desampararon el campo los soldados y quedó por los tetzcucanos, los cuales entraron la ciudad y la saquearon y mataron mucha de su gente. Y con este hecho se volvió victorioso a la ciudad de Tetzcuco con muchos cautivos que cautivó en la guerra, aunque herido en una pierna; y en memoria de esta gran victoria se hicieron muchas y muy grandes fiestas y un muy gran cercado, y le dio tanta largura cuanto el espacio de tierra que era lo que cogía la gente de el campo enemigo, cuando estuvo caído en el suelo con su contrario; el cual dicho cercado, hoy día se ve en la parte de Tetzcuco, que es saliendo hacia Cohuatlichan y tiene el mismo nombre del día que sucedió la victoria.

CAPÍTULO LXII. *De el casamiento que hizo Nezahualpilli con una señora mexicana, sobrina de el rey Tizoc de Mexico; y de la muerte de este dicho rey mexicano, que fue muerto con hechizos*

COMO YA ESTOS REYES INDIANOS habían hecho costumbre de tener muchas mujeres y legitimar al hijo que los había de suceder en el estado, siendo de la mujer más noble de las que por mujeres tenía, éstos de Tetzcuco tenían por la mayor y de más merecimiento la que recibían de la casta mexicana. Por esto, aunque Nezahualpilli tenía algunas hijas de señores y gente principal, pidió mujer en Mexico, que fue una doncella hija de Tzotzocatzin, señor de las casas de Aticpac y sobrina del rey Tizoc. Hízose el casamiento y para celebrar las bodas juntóse en Tetzcuco lo más lucido y granado de los tres reinos. Esta señora tenía una hermana menor que era llamada Xocotzincatzin, las cuales dos se querían mucho; por esto pidió la reina a su padre le hiciese merced de darle a su hermana para que en su palacio la hiciese compañía. Otorgósela el padre, y el rey Nezahualpilli recibió de ello muy gran placer. Era esta doncella Xocotzincatzin muy hermosa y de muchas y muy buenas gracias naturales, por lo cual se agradó el rey de ella tanto que la pidió a sus padres también por mujer. Diéronsela, y dicen que fueron estas bodas las más celebradas de toda la Nueva España. Entraron estas dos hermanas en el número de sus muchas mujeres, y la mayor se hizo preñada y parió un niño al cual pusieron por nombre Cacama, que fue el que después de la muerte de su

padre fue levantado por rey y le dio garrote Cortés en las casas de Motecuhzuma (como decimos en el libro de la conquista).

Fue Xocotzincatzin tan bien afortunada, que la amó Nezahualpilli más que a todas las demás mujeres; que fue con él esta señora como la hija del rey Faraón con el rey Salomón del pueblo de Israel.[1] Tuvo de ella copiosa generación, cuyo primogénito se llamó Huexotzincatzin y luego le nacieron cuatro hijas y tras ellas Cohuanacochtzin (que fue rey después de la muerte de Cacama y el que Fernando Cortés ahorcó con el rey de Mexico Quauhtemoc yendo a las Higueras) y nacióle otro, llamado Ixtlilxuchitl (que fue el que se hizo de la parte de Cortés en la conquista, como allí decimos). Con estos casamientos y partos de estas sus dos mujeres vivía Nezahualpilli muy contento y acudía a las cosas de su gobierno con grandísima prudencia; porque dicen de él que les hizo ventaja a todos los reyes de la Nueva España en saber y gobierno, porque era muy entendido en muchas de las cosas naturales.

A esta sazón que el tetzcucano gozaba su buena suerte y la compañía de sus queridas mujeres y hijas, andaban otros en el reino mexicano disgustados con su rey Tizoc y así le ordenaron la muerte, que no fue natural sino violenta. Acosta dice,[2] que sus gentes le notaron de poco belicoso y de cobarde; y descontentos los mexicanos de tener rey poco animoso y poco guerrero trataron de darle fin con ponzoña, y que por esto no duró en su reino más que cuatro años. Esto que el padre Acosta dice es fuerza decir que así lo halló escrito en su relación, pero mal entendida del que se la dio. La verdad es que al tercero año de su reinado le ordenó la muerte Techotlala, señor del pueblo de Itztapalapan, por alguna pasión que con él debía de tener o por otra cosa oculta y secreta de pesadumbre que con él tuviese (porque la historia no dice la causa), y fue de esta manera: habiéndose determinado de matarle, y no atreviéndose a fiar de ninguno de los de su pueblo para matarle, envió con mucho secreto al de Tlachco, veinte y cinco leguas de él, al señor de aquella provincia llamado Maxtlato, pidiéndole que le enviase de las mujeres brujas y hechiceras (que las había en gran número en la tierra caliente en aquel tiempo y ahora no faltan algunas) para que matasen muy de secreto y ocultamente al rey Tizoc de Mexico. Maxtlato que lo oyó, y debía de ser mal intencionado o debía de estar agraviado de los reyes de Mexico, luego al punto envió dos o tres, o las que más le pareció que para aquel menester eran necesarias; las cuales secretamente entraron en Mexico, y aguardando ocasión la hallaron, saliendo una vez el rey Tizoc de su casa donde hicieron sus hechizos, con los cuales el rey volvió a su palacio echando sangre por la boca, de que luego murió. Conocieron los mexicanos la muerte de su rey ser violenta y hecha por magos o encantadores; y con el dolor y sentimiento que les causó el atrevido hecho buscaron con suma diligencia los malhechores; y como no hay cosa tan secreta que por alguna parte no se trasluzca dieron con las hechiceras, las cuales sin mucho tormento (como al fin mujeres)

[1] 3. Reg. 12.
[2] Acosta. lib. 7. de Nat. Histor. c. 17.

confesaron de plano haber venido por orden de su señor Maxtla y que Maxtla había sido solicitado y persuadido de Techotlalla, señor de Itztapalapan. Hecha la pesquisa y averiguación y sabiendo ser así, como las magas lo habían dicho, fueron todos justiciados públicamente con muerte digna de tan grande atrevimiento.

De aquí se colige claramente no haber sido sabidor ni participante el común de esta república en esta muerte, que a serlo no justiciaran a los malhechores, antes lo callaran y fingieran haber sido algún accidente con que excusaran el caso; pues no hay muerte que no tenga algún achaque, según la opinión de los hombres; y pienso y tengo por muy averiguado que aunque no fuera este rey tan animoso y valiente como sus antepasados lo toleraran estos mexicanos, por ser muy amigos de servir y honrar a sus señores y reyes; y sabemos, por muy larga experiencia que el mundo tiene de esto, que muchos reyes ha habido en él que han sido muy afeminados y poco briosos y no por eso les han quitado la vida sus vasallos, sino que han pasado el curso de ella hasta que la muerte los ha librado de esta carga; porque ni todos los hombres son valientes ni todos cobardes y poco animosos. De manera que aunque Tizoc no debía de ser de mucho corazón, ni muy esparcido en las guerras, pasaran con él como otros han pasado con otros; cuanto y más que no me persuado a que era cobarde, pues era tlacàtecatl de los ejércitos mexicanos, que es ser capitán general, el cual entró en este oficio por haber pasado al de rey su hermano Axayacatl, por cuyo fin y muerte fue elegido él por rey. Confieso lo que tengo dicho, de que no sería muy esparcido y mañoso para las guerras, pues siendo mayor en años que su antecesor no le halló Motecuhzuma Ilhuicamina suficiente para que le siguiese en el gobierno (como dejamos dicho en el capítulo pasado), pero séase lo uno o lo otro ello es cierto que murió en hechizado y fue solemnizada su muerte y honras con la solemnidad que los demás reyes mexicanos lo habían sido; y asistieron al castigo de los matadores el rey Nezahualpilli de Tetzcuco y Chimalpopoca, que entonces lo era de Tlacupa y todo lo más principal y lucido de estos tres reinos; y ni más ni menos a sus honras y entierro. Este rey Tizoc debía de ser más dado a la religión de sus falsos dioses que a las cosas de la guerra, y así deseó grandemente hacerle una muy gran casa a su dios Huitzilopuchtli y comenzó a juntar materiales y la comenzó; pero como le sobrevino esta desdicha de muerte cesó el edificio y no pasó adelante.